



Fabla salvaje (1923)

El pesimista que denuncia

Gianfranco Hereña Rodríguez

Vallejo trae consigo el aroma de la provincia. Nos sitúa en los Andes de principios del siglo XX y narra la historia de Balta, un campesino que comienza a enloquecer después de que un espejo se quiebra ante su reflejo. Empieza a sentir que un ser fantasmal lo persigue y llega a creer que se trata del amante de su esposa Adelaida, de quien ella se encuentra esperando un hijo.

Para Luis Alberto Sánchez, *Fabla salvaje* representa la madurez narrativa del autor. Coincido con él cuando afirma que se trata de una combinación perfecta entre su poesía y los relatos denunciadores con los que nos tendremos acostumbrados tiempo después, en novelas como *El tungsteno* y en cuentos como "Paco Yunque" o "El vencedor", que también tenían como ejes centrales a personajes de la sierra.

Si hay algo distinto con respecto a los anteriores es el ritmo trepidante de la narración. No es predecible (por ejemplo) que al huir Balta hacia lo alto de un risco y permanecer tranquilo durante un largo período, resurja en él la sensación del espectro. Sobresaltado, gira de forma brusca con el fin de descubrirlo, pero pierde el equilibrio y cae al precipicio. Ese mismo día su esposa, ajena a toda esa situación, da a luz al hijo de ambos.

No me tiembla el pulso para calificar a esta obra como la más compleja del autor (narrativamente hablando), dado que la trama exige una atención minuciosa para poder compren-

der sus mensajes que son como latigazos a nuestra conciencia.

Es loable la capacidad de Vallejo para presentarnos personajes con matices de carácter. Por un lado, nos muestra la candidez de una mujer sometida y esclavizada como Adelaida y por otro, al héroe-villano Balta, que poco a poco va enjaulándose en su propio laberinto para dejar de ser un marido ejemplar y terminar asfixiándose de paranoia.

La figura del protagonista huyendo al borde de un precipicio es algo que llamó mi atención, sobre todo después de haberme empapado sobre la vida del autor. Viene a mi mente la que quizás pueda ser una comparación bastante atrevida. El vacío como una figura tenebrosa y Balta sentado justo al borde, es decir, coqueteando con la muerte. Su vida queda al límite, al igual que la del autor. Vallejo quizás buscó esta figura para autorretratarse, pues luego de la publicación de *Trilce* en 1922, muchos dijeron que se hallaba en el limbo entre la racionalidad y el desquicio. Reconocían que era alguien que escribía crispado, que veía las cosas a través de otra perspectiva y que la vida se le presentaba aterida, agónica. Quizás aquí valga hacer un paréntesis. Es la primera vez que logro sentir a Vallejo conmovido hasta la médula, pues *Fabla salvaje* intenta (para mí) representar algo más allá de la combinación poético-narrativa que menciona Sánchez, sino también, el afán bastante meritorio de darle un aliento personalizado al relato.

No quiero decir que se trate de una mera autobiografía, pues más allá de toparnos con un sinfín de características similares entre el autor y el personaje de la ficción, podemos hallar una complejidad narrativa bastante elevada.

El debate sobre esta exigencia lectora, ha convergido siempre en el mismo punto. ¿Es un cuento largo o una novela? En todo caso, habría que decir que se trata de un 'conato de novela' y una propuesta bastante arriesgada para la época, pues transgrede los cánones de aquel entonces.

Es una historia que bien podría ser el bosquejo de lo que hoy conocemos como género 'real-maravilloso'. Un adelanto de lo que tiempo después sería la piedra angular de los relatos de Cortázar o una tenue insinuación de *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira*, de Gabriel García Márquez.

Añade a esta vertiginosa explosión de imágenes un tono inquisidor para referirse a los abusos que sufre Adelaida, que encarna el perfil grisáceo de la mujer enmudecida por los maltratos. Sus críticos limeños más afiebrados le llamaron 'pesimismo' y comentaron con malhumor su prosa descarnada.

Intuyo que debe ser difícil para el ser humano asumir su calidad perversa y admitir que esas historias 'pesimistas', son en realidad capaces de denunciar hechos de la vida cotidiana. Alguna vez pude escuchar de un pro-

fesor que ahí radicaba la principal diferencia entre Neruda y Vallejo. Mientras uno se encargaba de escribir odas a las papas fritas, el otro hablaba sobre un pan que se quemaba en la puerta del horno. Mientras la gordura de Neruda representaba la felicidad y el romanticismo, el cuerpo enjuto de Vallejo era la depresión, la miseria.

Por ello, no es de extrañar que curiosamente sea Lima la que le disparó más a Vallejo. Es una ciudad que siempre ha criticado todo tipo de denuncias y las ha asociado directamente con la sedición. Es una ciudad que nunca aplaude levantamientos, que desdeña a la provincia y que pontifica a sus héroes recién cuando estos mueren. Vallejo no fue la excepción. En los cafetines se hablaba de él como un "revoltoso" y al agravio de pesimista, sumaban el de "recién bajado". Antenor Orrego califica la supergloria póstuma de Vallejo como una reacción inevitable. De pronto, los peruanos (limeños) se dieron cuenta de que habían convivido junto a un gran poeta sin darse cuenta de su vigencia.

A setenta y cuatro años de su muerte, Lima sigue siendo el centro del país y al igual que en aquel entonces, hoy también sería un escritor 'pesimista', crucificado por la cucufatería y desplazado por tótems mediáticos de discursos más irrelevantes.

Es penoso que solo se recuerde lo más doliente de Vallejo, pues *Fabla salvaje* tiene un legado importantísimo que nadie menciona.

Es la voz póstuma que descubrió con antelación a una sociedad hostil, plagada de abusivos y abusados, de sediciosos y apañadores, de Baltas y Adelaidas que viven alrededor de nosotros y nos generan pasmo solamente cuando salen en televisión o en la portada de algún diario.

Si nos resulta escandaloso saber que nuestro más laureado poeta fue en su momento vorazmente criticado, basta con sentarnos a observar los homenajes que le hacen por el ciento veinte aniversario de su nacimiento. Todos son odas al populismo literario que se incentiva en la escuela, donde a Vallejo nos lo dan a golpes de amargura para que no le agarremos el gusto.